

LA ASPIRACION DEL CAMINANTE

Este cuento tiene su principio en cierto atardecer de un mes de julio. Reunidos frente a la chimenea de su casa, se hallaba una familia alimentando el fuego con leños de encino seco, leña que la tormenta había arrastrado hasta el fondo del valle y trozos de árboles, más o menos grandes, que la fuerza del aire derribó desde las alturas del cerro, lanzándolos luego por el borde del precipicio que dominaba el desfiladero denominado “**Los Chorros**”. Los padres manifestaban en sus semblantes una alegría sosegada, los niños de menor edad reían con sonoras carcajadas, la hija mayor, que contaba a la sazón dieciséis años, parecía la personificación auténtica de la dicha juvenil, y la abuela, que tejía cerca de las jubilosas llamas, constituía también una viva imagen de satisfacción absoluta, dentro de la senectud.

Aquel lugar podía considerarse uno de los puntos más siniestros de todo el camino, que de la Verapaz conducía hacia los municipios de El Quiché; pero allí había encontrado refugio la familia. Era el **Paso de los Chorros**, un desfiladero por el cual la violencia del agua y los temblores azotaba durante el año, arrastrando a lo largo del invierno un frío riguroso e inclemente, que lanzaba contra la construcción de madera de la familia, para llevárselo después hacia el valle. El frío no era lo único que amenazaba a aquella humilde casa, sino que también la sombra de otro peligro se suspendía ominosa sobre su techo. Por encima de la casa se erguía una montaña tan abrupta, escarpada y fragosa que, con mucha frecuencia, la familia se despertaba a medianoche, sobresaltados y

temerosos, al desprenderse del monte terribles peñascos que rodaban luego con estrépito sobrecogedor.

La tarde que nos ocupa, estaban todos coreando con sus risas un comentario gracioso de la muchacha, cuando el aire casi huracanado que silbaba a través del Paso de los Chorros, hizo un alto delante de la casa y se entretuvo brevemente en sacudir la puerta, a la vez que soltaba un gemido lamentable. Acto seguido, reanudó su descenso, rumbo al valle. Pese a que tales fragores no tenían nada de extraño, los miembros de la familia se quedaron momentáneamente en suspenso, contenida la respiración y con los nervios de punta. Reaccionaron pronto, sin embargo, pero cuando la tranquilidad y la alegría regresaban a sus expresiones se percataron de que la puerta de entrada se abrió, sin duda por alguien que se hallaba en el exterior y al que no oyeron acercarse porque el rugido del viento ahogó el rumor de sus pasos.

El paso de Los Chorros era un punto de tránsito obligado para cuantos se trasladaban hacia el Occidente. El comercio discurría por allí, y los vehículos de todo tipo desfilaban por delante de la casa y todos los caminantes solían detenerse para intercambiar unas palabras con la familia, entonarse un poco y hacer acopio de ánimo, para estar mejor preparados ante la abrumadora sensación de abandono que experimentarían durante el recorrido por el desfiladero. Los comerciantes que se dirigían a la Alta Verapaz o a Santa Cruz de El Quiché, también se detenían allí para pernoctar y, si alguno de ellos era soltero, procuraban retardar en lo posible su partida, hasta ver si le era posible robar un beso a la encantadora hija de la familia.

Aquel lugar, desde luego, era una de aquellas posadas primitivas en las que el peregrino en ruta pagaba solo por la cama y la comida, recibiendo a cambio un trato que no hubiese sido posible pagar con todo el oro del mundo.

Cunado las pisadas del desconocido resonaron en la puerta, todos se pusieron en pie: la abuela, los niños y las personas mayores, como si se dispusieran a dar la bienvenida algún pariente próximo, a alguien cuyo destino estuviese vinculado al de cada uno de ellos. Se abrió la puerta y en el umbral apareció un muchacho de buen porte. De rostro melancólico, casi desesperado, del que camina a solas por una región extraña y se siente impresionado por la oscuridad, sobre todo cuando esta le sorprende en un sitio agreste y siniestro. No obstante, al darse cuenta de lo cordialmente que se le acogía, el joven dulcificó la expresión. Pareció alegrarse al verlos a todos los allí congregados, desde la anciana que le limpiaba con el delantal el asiento de una silla, hasta la criatura que le tendía los brazos con gesto más que amistoso, Tras una mirada y una sonrisa, el desconocido se ganó la confianza de la hija mayor.

__ ¡No hay nada como una lumbre así! __ exclamó el muchacho__. En especial, cuando a su alrededor se forma un círculo de buenas personas como ustedes. Estoy lo que se dice sorprendido. El Paso viene a ser un tubo por el que se canalizan corrientes de aire. Desde el Valle, no ha dejado un solo momento de azotarme la cara un fuerte viento.

__ ¿Se dirige a la Verapaz? __interrogó el dueño de la casa al tiempo que ayudaba al muchacho a descargar lo que llevaba al hombro. __ Sí, voy a Cobán __confirmó el joven__, y temo que aún me queda un buen tramo. Tenía intención

de llegar esta noche, pero en un camino como este, uno siempre tarda a pie más tiempo del que calcula en principio. No obstante, he cambiado de idea y acabo de adoptar otra decisión. En cuanto vi las alegres llamas de esta fogata y la simpatía de los rostros de ustedes, tuve la impresión de que habían encendido el fuego en mi honor y que todos estaban aguardando mi llegada. Así que me sentaré entre ustedes y, si no tienen inconveniente, pasaré la noche en su agradable compañía.

No había hecho el joven más que aproximar la silla al fuego, cuando se oyó afuera algo así como un peñasco que rodaba por la ladera del cerro, acercándose con aterrador estruendo, para pasar rozando la casa. La familia contuvo la respiración durante unos segundos, ya que conocían de sobra el significado de aquel ruido ominoso, y el peregrino hizo lo propio instintivamente.

___ La vieja montaña nos ha lanzado una roca, para recordarnos que está ahí, encima de nuestras cabezas ___ manifestó el padre, que fue el primero en recobrarse del susto ___. Algunas veces, hace como si se encogiera de hombros y nos amenaza, frunciendo el ceño, con desplomarse encima nuestro. Pero somos antiguos vecinos y, en realidad, mantenemos relaciones amistosas. Por otra parte, no hay motivo alguno de preocupación; disponemos de un refugio seguro, al lado de la casa, por si se diera el caso de que la montaña se desplomara de verdad y pretendiera cumplir sus presuntas amenazas.

Bien, imaginémonos ahora que el viajero ha concluido su cena, a base de carne de tepezcuintle y que sus modales francos y abiertos le han colocado en un plano de cierta intimidad amable con la familia, de forma que la tertulia se hizo tan sincera como si el recién llegado perteneciera desde siempre a la comunidad de

aquel lugar. El joven a quien la casualidad había llevado aquella velada a la casa era de carácter un tanto altivo, aunque atento y afectuoso, reservado y algo soberbio entre los ricos y poderosos, pero predispuesto a humillar la cabeza en la puerta de una choza y a sentarse ante el fuego de los desposeídos de la fortuna, como un hermano o un hijo. En el hogar de Los Chorrros encontró cordialidad y animo sencillo, la perspicaz y aguda inteligencia de gente sencilla, que los moradores de la casa habían recogido de los lugares y quebradas e incluso en el mismo umbral de su pobre domicilio.

El muchacho había viajado mucho, aunque siempre solo. Podía afirmarse que toda su vida fue un sendero solitario, pues la altiva reserva de su naturaleza le había hecho apartarse siempre de aquellos que, en otras circunstancias hubieran sido sus amigos. También la familia, tan amable y hospitalaria como era, llevaba arraigada en su interior esa conciencia de unidad entre todos sus miembros y de separación del resto del mundo, que hace del hogar un recinto sagrado, en el que no tiene entrada ningún extraño. Aquella noche, sin embargo, una simpatía profética llevó al joven instruido y de maneras refinadas a descubrir su corazón a aquellos rudos habitantes de las montañas, y su sinceridad impulsó a estos a confiarse a él con idéntica franqueza. ¿No es más fuerte el lazo de un destino común que lo que tiende el mismo nacimiento? Lo que ignoraban era que ese destino común iba a resultar en algo terrible para todos.

El secreto del carácter del joven era una ambición altísima y abstracta. Era posible que hubiese nacido para llevar una existencia oscura, pero no para ser olvidado en la tumba. Su ardoroso anhelo se había transformado en esperanza, y esta

esperanza, alimentada durante mucho tiempo, se había convertido en la certidumbre de que, por su insignificante que fuese su vida en el presente, el fulgor de la gloria, el brillo de la fama inmortal iluminaría su camino para la posteridad, aunque no mientras él estuviese recorriendo ese camino. Cuando las generaciones venideras volviesen la vista hacia la oscuridad que constituía entonces su presente, se darían cuenta, sin esfuerzo, del resplandor que despedían sus pasos y comprenderían que un hombre dotado de tan espléndidas prendas había recorrido el tránsito desde la cuna hasta la tumba sin que nadie fuese capaz de comprenderle.

__ Y, sin embargo __ manifestó el forastero, encendidas las mejillas y rutilantes las pupilas __, aún no he realizado nada. Si mañana desapareciese de este mundo, nadie sabría tanto de mí como ustedes, que un joven desconocido llegó cierto atardecer, procedente del valle, les abrió su corazón durante la velada y, al amanecer del día siguiente, reanudó su camino, sin que volvieran a verlo. ¡Ni una sola persona les preguntaría quién era el tal joven, ni de dónde venía...! ¡Pero, no! ¡Yo no puedo morir hasta haber convertido mi destino aparentemente gris, en realidad, esplendorosa! Después podrá acudir la muerte. ¡Yo me habré edificado mi monumento para la posteridad! Después podrá acudir la muerte. ¡Yo me habré edificado mi monumento para la posteridad!

__ Es posible que se rían de mí __ disimuló, al tiempo que tomaba la mano de la hija mayor de la familia y emitió una breve risita __ Seguramente, opinan que mis aspiraciones son tan absurdas como si pretendiera subir al cerro y dejarme

convertir allí en un trozo de madera, solo para que la gente de la aldea pudiese admirar mi estatua desde la carretera.

__ A mi me parece __repuso la hija mayor, poniéndose colorada_ que en mejor estar sentados aquí, al calor de la lumbre, satisfechos, felices, serenos y contentos, aunque nadie piense en nosotros. __Yo creo, no obstante__terció el padre, tras unos instantes de silencio__, que hay algo lógico y natural en lo que el joven ha dicho. Y hasta es posible que, si mi cerebro hubiera seguido ese rumbo, también yo habría albergado las mismas intenciones. Es raro darse cuenta de hasta qué punto sus palabras han traído a mi pobre cerebro, ideas y cosas que, a buen seguro, no han de suceder jamás.

Pensaba que teníamos una buena granja, en el pueblo o en cualquier otro lugar habitado, pero no donde estuviesen siempre amenazando con desplomarse sobre nosotros, como ocurre aquí. Y cuando llegaba a viejo, lo mismo que tú esposa mía, podía morir tranquilo, dejándolos a todos llorando alrededor de mí. Una sencilla lápida de yeso me vendría bien como una de mármol, sobre ella se grabaría nada más que mi nombre, mi edad y un versículo de los salmos. Y acaso unas cuantas palabras, que informaran a la gente de que había vivido como un hombre honrado y había muerto como un verdadero cristiano.

__! ¡Qué cosas más extraordinarias nos vienen esta noche a los labios! _exclamó la esposa, con los ojos arrasados en lágrimas__ Suele decirse que eso es síntoma de que va a ocurrir algo extraño. ¡Cuando los hombres empiezan a pensar y a hablar así, es mala señal! ¡Oíd a los niños! Por último, uno de los pequeños, en vez de dirigirse a sus hermanos, llamó a la madre.

__ Voy a explicarte, mamá __dijo__, lo que deseo. Quiero que tú, papá, la abuela y todos nosotros, incluso el viajero, nos levantemos y nos vayamos a tomar un sorbo de agua al nacimiento. Ninguno de los presentes pudo reprimir la sonrisa, al oír que el máximo deseo del niño estribaba en abandonar la cama bien caliente y arrancar a los demás del amor de la lumbre para visitar el nacimiento, un arroyo, que se precipitaba desde lo alto de las montañas hasta parar en el río Chixoy.

Apenas había terminado el niño de pronunciar tales palabras, cuando se oyó el ruido de un carro que se acercaba y que, al final, concluyó por detenerse ante la puerta de la casa. En él parecían ir dos o tres hombres, los cuales se alegraban durante el camino con una canción entonada a coro, el eco de cuyas notas repercutía en el ambiente, mientras que los ocupantes del vehículo dudaban entre proseguir su viaje o detenerse en la casa para pernoctar.

__Padre__ observó la muchacha__, le están llamando por su nombre. Pero el dueño de la casa no estaba completamente seguro de que le hubiesen llamado y tampoco deseaba mostrarse demasiado ávido de ganar dinero invitando a los transeúntes a entrar en la posada y pasar allí la noche. Por ello, se abstuvo de acudir en seguida a la puerta y, mientras se decidía a hacerlo, se oyó restallar el motor y los viajeros reanudaron su camino, sin dejar de cantar y reír, aunque sus canciones y sus carcajadas parecían tener su origen en el corazón de la montaña.

De súbito, sin embargo, una nube pasó sobre el ánimo de la hija mayor; durante unos segundos, los ojos de la muchacha permanecían clavados en la lumbre con expresión grave, y respiró de modo intenso que el aliento se convirtió en suspiro. Sobresaltada y con el semblante teñido por unas pinceladas de rubor, miró en

torno suyo, como si temiese que cuantos se encontraban allí hubieran podido penetrar con la mirada en el fondo de su pecho. El peregrino le preguntó que qué había estado meditando. __ Nada __repuso la joven__; no ha sido más que, durante un momento, me asaltó la asoladora impresión de encontrarme infinitamente sola.

__ Siempre he tenido un don especial que me permitió adivinar lo que otras personas tienen en el fondo de su corazón __manifestó el peregrino, entre bromas_ ¿Quiere que le exponga los secretos del suyo? Sé perfectamente lo que cabe pensar cuando una muchacha tiritaba y se estremecía, sentada al calor de la lumbre y se queja de sufrir soledad, mientras permanece junto a su madre. ¿He de explicarlo con palabras? __ Dejarían de ser sentimientos femeninos, sí, perfectamente pudieran expresarse con palabras _declaró la ninfa de los bosques, al tiempo que se echaba a reír. Pero desvió la mirada. Las frases anteriores fueron pronunciadas en un aparte de ambos jóvenes. Tal vez empezaba a brotar en sus corazones un germen de amor, tan puro, que era más apto para florecer en el paraíso que en el polvo de este mundo. Mientras ambos conversaban en voz alta, y mientras el desconocido observaba la suave melancolía, las sombras luminosas y los tímidos anhelos de una naturaleza de mujer, el viento que soplaba encajonado en el angosto Paso de Los Chorros, comenzó a resonar con un tono más profundo y ominoso. A lo largo de la carretera, reverberaba un lamento agudo y triste, como si desfilara por el Paso un cortejo fúnebre.

Para desterrar la sensación de amargura que se había apoderado de todos, la familia echó al fuego unas ramas de pino seco, hasta que la leña empezó a

crepitar y pronto surgieron vivas llamas, iluminando otra vez una escena de paz y de dicha humilde. Podían vislumbrarse los rostros menudos de los niños y al lado de hogar, la silueta de la madre, el perfil activo de los jóvenes y la figura encorvada de la abuela, que continuaba haciendo bordado. La anciana alzó un momento los ojos de su labor y, mientras sus dedos seguían moviéndose sin descanso, empezó a hablar: __ Los ancianos tienen sus ideas, la mismo que también los jóvenes tienen las suyas. Habéis estado forjando deseos y proyectos, dejando volar vuestra fantasía de una cosa a la otra, hasta que habéis logrado que también mi pobre imaginación se lanzase por idénticos derroteros. La anciana adoptó un aire enigmático, que tuvo la virtud de impulsar al círculo de personas a apretarse más en torno al fuego, y principió a hablar, diciendo que, desde varios años antes, se había procurado las vestiduras con las que deseaba que la enterrasen: una mortaja muy sencilla, de hilo, y una cofia de muselina. Aquella noche, sin embargo, una extraña superstición se había apoderado de su pensamiento. En su juventud había oído decir que, si al enterrar a una persona, una parte de su atavío no estaba en orden, aunque solo se tratase de una arruga en el cuello de la mortaja o una ligera inclinación de la cofia, el cadáver se revolvía en el ataúd, bajo la tierra, tratando de liberar sus frías manos y arreglar con ella lo que no lo estuviese. La simple sospecha de que a ella pudiera sucederle una cosa así, la ponía nerviosa.

Un escalofrío estremeció a la nieta. __! ¡Por Dios, abuela! ¡No digas esas cosas! __Pues, bien __continuó la anciana, muy seria, aunque no dejaba de revolotear por su rostro el asomo de una extraña sonrisa__ Lo que les pido, hijos míos, es

que cuando me encuentre en el ataúd, coloquen un espejo ante mi cara. Nadie puede decir si me mira posible echar una mirada, a ver si todo lo que llevo puesto se halla en el sitio debido.

La fúnebre ocurrencia de la anciana se enseñoreó de tal forma en los cerebros de los reunidos allí, los hizo reconcentrarse de tal modo, que nadie se percató de que afuera, entre las tinieblas de la noche, un ruido que parecía el bramar de cien gigantes había ido aumentando de volumen, hasta alcanzar tonos de siniestra profundidad. De pronto, la casa y todo lo que había en ella se puso a vibrar; los mismos cimientos hundidos en el suelo parecían verse sacudidos por mil demonios furibundos, como si el estrépito, cada vez más próximo, fuera el sonido de las trompetas del juicio final. Después, el mismo grito brotó de todas las gargantas. __ ¡El alud! ¡El Alud!

Los términos más elocuentes pueden insinuar, pero no describir el horror de la catástrofe. Las posibles víctimas se precipitaron fuera de la casa, buscando amparo en lo que creían un refugio seguro, allí donde, pensando en aquella contingencia, se había construido una barrera, para frenar el derrumbe. Pero, lo que hicieron aquellos desgraciados fue renunciar a su salvación, se lanzaron por su propia voluntad en el seno del más fatal de los destinos. Toda una vertiente de la montaña se vino abajo, en una verdadera catarata de peñascos. Y justamente a escasos metros de la casa, el alud de muerte y destrucción se dividió en dos ramales, dejando en medio, casi intacta la casa, pero arrasando todo lo que se oponía a su paso. Mucho antes de que se hubiera apagado entre las montañas el estruendo de aquel asesino derrumbe, había concluido ya la rápida agonía de las

víctimas y todos ellas gozaban de la paz eterna. Sus cuerpos no fueron hallados jamás.

La historia de este horrendo suceso corrió luego de boca en boca, llegando a todos los rincones del país y constituyéndose en una leyenda que hablará siempre del espíritu de las montañas. También los poetas cantaron el triste fin de la familia del Paso de los Chorros.

Ciertos detalles parecían indicar que en la noche fatídica un peregrino fue recibido en la casa y resultó asimismo víctima de la catástrofe, con todo el resto de la familia. Otros, en cambio, negaron que hubiera indicios suficientes para llegar a semejante conclusión. ¡Amargo fin para aquella juventud ardiente, con sus sueños de inmortalidad terrenal! El nombre y la persona del forastero quedaron sumergidos en el más absoluto de los anonimatos. Su historia, su camino en la vida, y sus proyectos permanecerán arropados por un misterio eterno.

Su misma existencia, su misma muerte, son cosa que la gente pone en duda...

POETA TRISTE